Alejandro González Iñárritu al recibir un premio Oscar Especial por *Carne y Arena*. Foto: EFE/Mike Nelson

Foto: EFE/Chachi Ramírez

Alejandro González Iñárritu dirigiendo la producción de *Carne y Arena*.

se trata de un helicóptero de 'la migra' que, al detectarlos, desciende inmediatamente.

Los agentes los rodean gritándoles órdenes en inglés y apuntándoles con rifles. El pánico se apodera de todos y para el espectador es prácticamente imposible no sentirlo porque a él también lo amenazan. Tras el caos, el panorama se desvanece para dar lugar a una imagen de apariencia onírica: tanto oficiales como migrantes aparecen en calma. La escena es protagonizada por una mesa de agua de la cual surge un pequeño bote que zozobra en las olas; su pasaje se diluye, haciendo alusión a los cientos de migrantes africanos que también arriesgan sus vidas intentando cruzar el Mediterráneo para llegar a Europa. La experiencia que se vive en *Carne y Arena* es propia de mexicanos y centroamericanos, pero el fenómeno migratorio es asunto de vida o muerte en cualquier parte del mundo, ya sea atravesando desiertos, mares, ríos, selvas o zonas de guerra.

Al volver a la escena de la detención, los oficiales ya están interrogando a los aterrorizados indocumentados. El espectador puede moverse entre los personajes como si fuera un fantasma, e incluso puede atravesar a los oficiales y ver sus órganos internos, su corazón latiente, tal vez en un intento de recordar que son humanos, haciendo un trabajo resultado de la poca importancia que gobiernos estadounidenses, mexicanos y centroamericanos han dado a la migración como crisis humanitaria.

HISTORIAS REALES

De pronto, los personajes se esfuman y tras unos momentos, el espectador es guiado a otra habitación. Ahí, se le presentan fotografías de los personajes que acaba de ver en la experiencia de realidad virtual. Las personas en quienes están basados no son actores, sino migrantes y oficiales reales entrevistados personalmente por Iñárritu e invitados a actuar en el proyecto. Sus historias se dan a conocer en este último espacio.

Manuel, un guatemalteco de 17 años de edad, cuenta que durante dos días estuvo oculto entre la carga de un camión para luego viajar cuatro días más en el tren conocido como "La Bestia", junto con otros cientos de migrantes, sin comida ni agua y sufriendo asaltos. Después pasó dos semanas en una bodega esperando una oportunidad para cruzar. Cuando esta llegó, inició un recorrido de tres días a través del desierto, soportando las inclemencias del clima y la debilidad. Si intentaba descansar, el coyote lo amenazaba con un arma: o caminaba, o lo mataba ahí mismo. El trayecto no se prolongó mucho tiempo más; un helicóptero y tres vehículos de la Patrulla Fronteriza ro-